

STARCRRAFT®



BLIZZARD
ENTERTAINMENT

Un pueblo, un propósito

—Alta ejecutora, ha habido una muerte.

Selendis observó al protoss que había hablado, apoyado sobre una rodilla en las nuevas losas de la plaza del templo. Vestía una armadura ligera que parecía de fabricación reciente, a pesar de que el diseño era antiguo; un estilo que databa de la Edad de Oro y que se había puesto de moda hacía poco entre algunos de los templarios... o, mejor dicho, antiguos templarios. Ella no aprobaba un estilo tan anticuado; llevaba una armadura igualmente nueva, cuyas elegantes líneas se adaptaban a su delgada figura.

—¿Se ha librado una batalla?

—No, ejecutora.

Su tono y postura evidenciaban que algo no iba bien; tenía dudas y Selendis se daba cuenta de ello, aun sin la conexión emocional que le ofreció el Khala en su momento. Ya había pasado un tiempo desde la amputación, pero aún notaba la ausencia del proceso telepático que había conectado a los khalai durante milenios: la empatía instantánea y el propósito unificado. En su lugar, ahora había cosas nuevas con las que debía convivir: el engaño fácil, la soledad profunda o las interpretaciones equivocadas. Además, tenía que desentrañar la comprensión a largo plazo con preguntas y lenguaje corporal en un proceso lento e irritante.

Ahora le surgían estas preguntas: ¿por qué iba generarle dudas la muerte, la mayor certeza del universo? Si no se había librado una batalla, ¿por qué la molestaba con asuntos relacionados con la vejez o la enfermedad? Los protoss no eran inmortales y a la muerte no le importaba si su población ya era reducida.

—¿Por qué acudes a mí?

—Porque es una muerte extraña. Algo no va bien.

Selendis escuchó el bullicio incesante de la actividad a su alrededor, fruto de la reconstrucción de Aldera, de la vuelta a la vida de la ciudad. Los edificios nuevos brillaban bajo la calurosa luz del atardecer y, a lo lejos, se apreciaban destellos del movimiento de sondas y vigías que, aparte de eso, eran invisibles. La ajetreada paz de los últimos ciclos solares —¿tantos habían pasado?— dejaba todavía una sensación extraña después de tanto tiempo de conflictos. Quizá la paz no fuese el destino natural para los guerreros natos; quizá nacieron para proteger esa paz. «Es posible —pensó Selendis con amargura—, que aún deba conocer mejor los planes del destino para llegar a alguna conclusión».

—Vamos a verlo.

Se teletransportaron a un pequeño asentamiento ubicado en la ladera de Aldera; la suave curva del valle ya estaba dividida en dos por la sombra de las montañas cercanas. En comparación con la colorida actividad de Aldera, el lugar era sospechosamente tranquilo y especialmente miserable. Más de la mitad de las viviendas seguían siendo edificios temporales que deberían haber sido reemplazados hace tiempo. Algunas sondas, puede que las mismas que debían encargarse de ello, flotaban sin rumbo sobre el suelo. Los pocos protoss que había a la vista se encontraban sentados frente a sus viviendas o bajo los árboles, y los vieron pasar sin prestarles mucha atención.

Para Selendis, recurrir al Khala era tan básico como emplear sus reflejos en batalla y volvió a hacerlo para entender la situación sin perder tiempo. El vacío que la recibió le hizo exhalar un pequeño jadeo; fue como ejecutar un ataque perfecto y que la parase en seco un escudo.

Siguió al nervioso protoss hasta una de las viviendas temporales. El olor a sangre impregnaba el aire, incluso antes de abrir la puerta. En el interior yacía el cuerpo retorcido de un khalai sobre un charco negro y reseco.

Selendis no era ajena a la muerte, pero aquello no se lo esperaba. Las cuchillas psiónicas cauterizan las heridas al cortar, por lo que no suele haber derramamiento de sangre en los combates con protoss. Solo había visto tanta sangre en los campos de batalla donde habían luchado contra los zerg, pero allí no detectaba el hedor alienígena. Se puso en cuclillas junto al cuerpo y estudió la historia que contaban las heridas: unos cortes profundos recorrían la garganta del cadáver, subían y bajaban por los brazos, le cruzaban el pecho y desgarraban la sencilla túnica de tela que llevaba puesta.

Con cuidado, le levantó una mano. Llevaba muerto un tiempo y sus músculos ya no estaban rígidos. Las manos estaban cubiertas de sangre seca y tenía trozos de su propia carne entre las garras. Selendis nunca había imaginado que, con las miles de muertes violentas que había presenciado —algunas de ellas provocadas por ella misma—, algo así pudiera perturbarla. Sin embargo, le revolvió el estómago.

—Se lo ha hecho a sí mismo.

—Ya lo dije: aquí hay algo que no va bien.

—¿Sabes cómo se llamaba?

—No lo conocía. Solo estaba de paso después de entregar un mensaje a alguien de la zona y olí la sangre.

—Y a nadie se le ocurrió echar un vistazo hasta que lo hiciste tú.

Dejó en el suelo la mano del khalai fallecido. Algo brilló entre la sangre y la oscuridad, cerca del cuello. Empujó el cuerpo para ponerlo de lado. Las marcas de las garras eran más profundas en la nuca, como si el khalai se hubiese intentado alcanzar el muñón del cordón nervioso. Lo que en principio Selendis había tomado por una abrazadera decorativa para el muñón, un sentimentalismo nerazim que algunos khalai habían adoptado, no era simple joyería. Un poder

palpitaba en el cristal que tenía engarzado y se veían algunas extensiones en forma de cable: se trataba de algún tipo de dispositivo, pero, como no era una forjadora de fase, no era capaz de discernir su propósito.

Pero sí conocía a alguien capaz de hacerlo.

Volvió a dejar el cuerpo sobre el suelo.

—Has hecho bien en informarme.

#

Selendis se llevó el cadáver, dentro de una célula de estasis para evitar la descomposición, al laboratorio que Karax se había construido en Aldera. Artanis ya se encontraba con el forjador de fase y su mera presencia dominaba la habitación, como no podía ser de otro modo con el líder de los daelaam; Selendis había decidido que era mejor que lo viese con sus propios ojos. Para su sorpresa, Talandar también se encontraba allí; había plegado su enorme y robótico cuerpo de purificador sobre sí mismo para caber entre dos bancos de consolas y observar la mesa donde se encontraba la célula de estasis. La luz de las consolas de Karax se reflejaba en la armadura metálica y curva que le cubría cabeza y hombros.

—Talandar ya estaba por aquí de visita —le explicó Karax. Era el más bajo de todos y su cabeza siempre estaba inclinada en un ángulo de curiosidad. Los tres zarcillos robóticos, cuyas puntas contaban con manos adicionales que había conectado a los extremos amputados de sus nervios, estaban en continuo movimiento, incluso cuando él permanecía quieto—. Supuse que su presencia no sería un problema.

—Confío en su experiencia —dijo Artanis con un tono que denotaba una amplia confianza.

—Esto no es ningún secreto —respondió Selendis.

Karax jadeó al ver el cuerpo; aunque Artanis le hubiese nombrado templario junto con el

resto de los protoss, era el que menos experiencia tenía con la muerte.

—Tampoco es algo que haya que airear a los cuatro vientos —dijo Artanis mientras observaba el cadáver—. ¿Qué le ha ocurrido?

Selendis explicó lo que había visto; en cuanto mencionó el dispositivo, Karax recogió sus apéndices nerviosos. Las manos robóticas dieron la vuelta al cuerpo con delicadeza para extraer el dispositivo y comenzaron a limpiarlo.

—Antes de regresar a Aldera —continuó Selendis—, hablé con algunos de los khalai del asentamiento. El fallecido se llamaba Eranis y pertenecía a la casta khalai. No tenía familia ni vínculos cercanos con sus líneas de sangre tribales y no se sabe si tenía amigos. Vivió y murió solo. Nadie parecía muy sorprendido por su fallecimiento... o triste.

De todas las conversaciones vacías que mantuvo con los apáticos protoss del asentamiento, ese aspecto era el que le provocaba más frustración.

—Pareces inquieta, Selendis —dijo Artanis.

—¿Tú no lo estás? Pero no, lo que estoy es enfadada. Quedamos muy pocos. ¿Por qué nadie se ha dado cuenta de esto? ¿Por qué a nadie le ha importado?

—Buena pregunta. ¿Es que los demás lo despreciaban?

—No, no tiene nada que ver con eso. Era como si hubiesen estado demasiado tiempo sin la luz del sol y ya no tuvieran ganas de moverse. —Había llegado a pensar que podía deberse a la existencia de un nuevo tipo de narcótico, pero ninguno de ellos desprendía un olor extraño—. No se comportaban como protoss.

Talandar cambió de posición en silencio antes de pronunciarse:

—Cuando desperté, me sentí perdido. No había un auténtico Khala que me ofreciese consuelo —confesó—. Ya no sabía quién o qué era, y no tenía claro mi propósito. Nunca me había

sentido tan solo ni he vuelto a sentirme así desde entonces. Habría sido muy sencillo perderme en esa soledad y olvidar la existencia de todos los demás, de no ser por un viejo amigo —Inclinó la cúpula de su cabeza hacia Artanis— y uno nuevo —Se giró hacia Karax—, que me convencieron de lo contrario.

Selendis recordó el dolor punzante que había experimentado al amputarse su propio nervio y el vacío repentino que conllevó la pérdida del Khala... aquella separación tan brusca y definitiva. Había sido mejor que perderse en el océano eterno de odio e ira de Amon, pero todavía le provocaba un dolor como ninguna otra herida que hubiese sufrido; quizá porque era una herida del corazón. En ocasiones, seguía notando el dolor.

—Todos hemos sufrido la misma... herida y no por ello vagamos sin rumbo. —Señaló el cadáver—. Pero ¿esto? La pérdida del Khala no provoca algo así.

—Forma parte de las circunstancias —dijo Talandar.

—Esta es la causa —intervino Karax mientras una de sus manos robóticas sujetaba el dispositivo, ahora limpio. Sin la capa de sangre seca, parecía un contenedor de metal plateado y sin pulir en el que entraban y salían cables de tonos ligeramente distintos. En su interior parpadeaba un cristal.

—¿Qué es eso? —preguntó Selendis.

—Todavía... no estoy seguro. Pero puedo afirmar dos cosas. —Karax tocó el cristal—. La primera es que está canalizando energía del vacío, aunque desconozco por qué no lo hace a un ritmo constante. Quizá esté dañado...

—¿Y la segunda? —preguntó Artanis. A pesar de la situación, Karax detectó cierta curiosidad en su tono de voz.

—Sí, la segunda. —Karax dio la vuelta al dispositivo para mostrarles unas extensiones

finas como agujas—. Lo integró parcialmente en sus nervios amputados. Tengo que estudiarlo para comprender su propósito, pero, si estaba conectado a los nervios y se produjo un fallo de funcionamiento, le provocaría un dolor insoportable.

—Y por eso intentó arrancárselo —sugirió Selendis.

Era una explicación mucho más directa que la hipótesis de una herida espiritual manifestada en una profunda autolesión. Sin embargo, ¿con qué frecuencia es cierta la explicación más sencilla? Los protoss eran seres complejos y polifacéticos; nadie que hubiera estudiado con Artanis, que hubiera estado al mando en el siempre cambiante terreno político de las guerras o hubiera observado los enormes cambios provocados por la pérdida de Aiur y su posterior recuperación, podía ignorarlo.

Cuando Karax comenzó a describir de forma más elaborada y detallada lo que había averiguado sobre el dispositivo, se abrieron las puertas del laboratorio y entró un guardia.

—Perdón por la interrupción —dijo.

—¿Qué sucede? —preguntó Artanis.

—Ha aparecido un cadáver —dijo el guardia—. El lugar está... lleno de sangre.

Un terran lo habría interpretado como una coincidencia o como una circunstancia desafortunada, pero Selendis se dio cuenta de que sucedía algo mucho más profundo y preocupante; no le cabía duda de que Artanis sentía lo mismo. Dio un paso adelante, pero él alzó una mano para detenerla.

—Investígalo, Talandar —dijo Artanis—. Comprueba si las circunstancias son las mismas... y trae aquí el cuerpo.

—Será un honor.

Talandar se desplazó hasta el espacio más amplio del laboratorio, en dirección a la puerta,

y se desplegó hasta alcanzar toda su envergadura.

—Karax, sigue trabajando con este dispositivo —dijo Artanis.

—Por supuesto, amigo.

—Informa a Selendis de lo que descubras.

Aunque le habría gustado continuar con la investigación por su cuenta, Selendis era consciente de que así podrían hacer un uso más eficiente del tiempo y los recursos, aparte de que ella también debía atender a sus propias obligaciones.

—Resolveremos el asunto enseguida.

#

Karax se encontró al poco tiempo en compañía de un segundo cadáver; Talandar se lo había enviado en una cámara de estasis. El purificador había adjuntado la poca información básica que tenía: era mujer, se llamaba Therun y formaba parte de la casta templaria. El color la identificaba, con toda probabilidad, como miembro de la tribu Venatir.

El cuerpo estaba en peor estado que el anterior y la sangre que lo cubría era aún pegajosa al tacto. Por ello, la limpieza del dispositivo que también llevaba sujeto al extremo del cordón nervioso amputado resultaba mucho más fácil, así que Karax se centró en eso. La sangre no importaba tanto; le inquietaba emocionalmente, pero era más útil interpretar los cadáveres como máquinas biológicas con unas averías tan graves que se habían autodestruido. Si conseguía descubrir lo que provocaba las averías, podría evitar que se repitiesen.

El laboratorio estaba en silencio cuando comenzó el análisis de los dispositivos extraídos de los cuerpos. La puerta y los campos de fuerza que permitían la entrada de la luz del atardecer, pero dejaban fuera el ruido y el polvo lo aislaban del ajetreo de Aldera. Lo único que acompañaba a sus propios murmullos era la vibración de los núcleos eléctricos y las consolas, así como el

zumbido de las manos robóticas al coger herramientas o sujetar su trabajo.

El segundo dispositivo era, visto desde fuera, idéntico al primero: una carcasa metálica sin pulir, un cableado de interfaz neuronal no especializado que a Karax le parecía bastante descuidado y una matriz de transmisión de energía desigual que explicaba las fluctuaciones de energía del vacío que se apreciaban en el interior. No obstante, cuando comenzó a examinarlos de forma conjunta, descubrió diferencias evidentes en el cableado, la matriz y los módulos computacionales, cuyo propósito aún no había descifrado. Estos dispositivos se habían fabricado a mano y no en serie, como si el forjador de fase responsable aún estuviese tratando de dar con un concepto que permitiese convertir el diseño en realidad.

A Karax le disgustaba este punto en concreto. Los prototipos debían probarse en el simulador, no en los nervios de un protoss. Durante las batallas, algunas veces les habían pedido a sus compañeros que llevaran a cabo experimentos y pruebas con sujetos vivos, pero se trataba de un procedimiento desesperado provocado por una necesidad extrema. Y se suponía que los tiempos desesperados habían terminado.

El análisis también desveló cierta evolución. El segundo dispositivo había corregido defectos evidentes del primero: las uniones neurales que se habían sobrecargado o ciertos canales de energía que habrían tenido que estar completos, pero que se habían deformado. Los síntomas del mal funcionamiento del segundo dispositivo eran obvios pero diferentes; se habían corregido los fallos, pero dejaban al descubierto otros distintos.

Había dejado ambos dispositivos sobre una mesa para retirarse a su consola e iniciar las simulaciones cuando un cambio en el aire de la habitación le advirtió que ya no estaba solo. Nadie que tuviese acceso a su laboratorio era tan silencioso; es más, no lo era ningún khalai que Karax conociese.

Karax se giró y vio a una nerazim frente a los dispositivos, dándole vueltas cuidadosamente a uno de ellos con sus garras. Era muy menuda, incluso para ser una mujer, y tenía la piel oscura como la noche. Le lanzó una rápida mirada y, un instante después, se abalanzó sobre él y lo agarró por la garganta. Sus ojos verdes brillaban con intensidad.

—Conque tú eres el ladrón que estoy buscando. No esperaba que te escabulleses a la sombra del gran Artanis.

Karax levantó las manos con cuidado mientras uno de sus apéndices robóticos le acercaba con discreción un cuchillo que se encontraba bajo la consola. No se veía con la suficiente confianza para empuñar una espada psiónica en tales circunstancias.

—No soy ningún ladrón. ¿Es que no ves los cadáveres? —El hecho de que apenas apartara la mirada vino a confirmar que sí los había visto—. Los dispositivos proceden de estos cuerpos y mi cometido es determinar qué ha sucedido. Quizá uno de ellos sea el ladrón al que buscas.

Sintió el peso de la mente de su interlocutora contra la suya. Al cabo de un momento, la nerazim retrocedió y regresó a la mesa.

—Son copias —afirmó. Cogió uno y, con un tono de desagrado y amargura, añadió—: Copias muy pobres. A los khalai os encanta quedaros con lo que no os pertenece y hacer versiones imperfectas para luego decir que es vuestro.

—No es lícito apoderarse de los inventos de los demás —protestó Karax.

—Tal vez tú pienses así —respondió la nerazim—, pero a algunos de tus camaradas les gusta disfrazar nuestras creaciones de artefactos de la Edad de Oro.

Karax reprimió sus ganas de discutir. «Paso a paso».

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Nerath.

—Yo Karax. ¿Eres una forjadora de fase?

Dejó el dispositivo y miró a Karax con rostro sereno.

—Si hay que usar *tus* palabras, supongo que eso podría describir a mi familia. Que es a quien ha agraviado este ladrón.

Esto centró la conversación.

—Si trabajamos juntos, podremos resolver nuestros problemas individuales.

—¿Y cómo vas a ayudarme? —inquirió ella con tono burlón.

—Dispongo de los recursos del jerarca Artanis. Mi mayor escollo ahora mismo es desconocer la finalidad de estos dispositivos. En cuanto eso se solucione, podré entender cómo se alteraron y determinar qué forjador de fase khalai pudo haber hecho un trabajo así. Dame la información que necesito y os entregaré una lista de sospechosos a ti y a la ejecutora Selendis.

Nerath lo observó con recelo durante un momento que pareció prolongarse en el tiempo.

—No tiene nada de malo investigar desde distintos puntos de vista, supongo. Estos dispositivos tenían por objeto mejorar la conexión con el vacío... y regular las energías para evitar que un choque del vacío dejara incapacitado al portador. —Nerath giró con indiferencia uno de los dispositivos de la mesa—. Más le vale a ese ladrón que Selendis lo encuentre primero.

#

Con el cadáver de la templaria de camino al laboratorio de Karax, Talandar echó un vistazo a su

vivienda. No era muy diferente de lo que consideraba un «hogar» según los recuerdos de su antiguo yo, Fénix: una armadura limpia y lista para la batalla en su soporte, armas colgadas en un lugar honorífico de las paredes, varias obras artísticas (que no coincidían con sus preferencias personales) y libros. En resumen, el mobiliario mínimo para un descanso cómodo. No parecía una criatura que vagara sin rumbo, como había dicho Selendis del otro fallecido, sino más bien alguien que había estado esperando una batalla que nunca llegó.

Mientras completaba el inventario, Talandar habló a través de la red que conectaba a todos los purificadores, ese vulgar facsímil del Khala que, sin embargo, era mucho más que lo que tenían ahora los khalai. Aunque los cimientos de su vida eran el propósito que había descubierto y el nombre que había elegido, la conexión que había hallado con el resto de purificadores también le brindaba la sensación de volver a formar parte de un pueblo. Incluso sin esa ola emocional, la conexión en sí misma era un bálsamo para la soledad y suponía la certeza de que cualquier pregunta susurrada llegaría a los oídos de otros muchos como él.

La pregunta que hizo fue si alguno de los purificadores había visto a los khalai comportándose de manera extraña o un dispositivo con las características que les indicaba. Las respuestas que recibió fueron rápidas y unánimemente negativas con respecto al dispositivo. En cuanto al comportamiento de los protoss, sin embargo, los purificadores no dijeron nada.

«Preferimos mantenernos al margen —resumió Clolarion la opinión generalizada—. Aunque confiamos en la palabra de Artanis de que no volveremos a ser esclavos, nuestras sociedades apenas se mezclan. Tenemos necesidades distintas. No hay razón para que se crucen nuestros caminos, más allá de que se nos pida un favor por el bien de la reconstrucción».

«Yo los he observado en ciertas ocasiones —comentó Mojo—. Pero no puedo valorar sus comportamientos, pues sus acciones cambian en cuanto sienten la mirada de uno de nosotros».

«*Todos somos protoss*», replicó Talandar, tajante.

«*También lo son los khalai y los nerazim, y eso no significa que seamos iguales*», argumentó Clolarion. No había malicia en su comentario; era la realidad.

Talandar no mostró su frustración por la red. En tales situaciones, la única manera de liderar era predicar con el ejemplo. Subió todas sus observaciones y escáneres de la vivienda de la protoss muerta a una de las terminales de Karax para poder consultarlos más tarde y salió a la calle.

La corriente de peatones se desvió en cuanto puso un pie fuera. Una distancia respetuosa, sin duda. Era consciente de que su forma metálica ocupaba mucho más espacio que el cuerpo de carne que había tenido; disponer de cuatro piernas en lugar de dos era solo el principio. Pero la manera en que lo miraban los demás protoss... *Parecía* algo más que un mero problema de espacio. En vez de un rápido vistazo de reconocimiento, era el blanco de unas miradas que oscilaban entre la curiosidad, la pesadumbre y la cautela; miradas que lanzaría un guerrero a una máquina enorme y desconocida. Aunque para él los transeúntes no eran desconocidos, a ellos sí les resultaba ajeno, con independencia de cómo se sintiera por dentro. Era un aislamiento sutil y pernicioso, y quizá fuera otro de los motivos por los que los purificadores habían decidido mantenerse al margen. No se había percatado de esto antes; tal vez porque pasaba la mayor parte del tiempo con ellos o con los daelaam, que lo conocían desde su etapa en la *Lanza de Adun*.

Decidió dejar de lado su inquietud, pues aún debía atender una tarea. Therun había dejado una huella más profunda que Eranis en su paso por la vida y Talandar tenía varios nombres que localizar. Se dirigió en primer lugar al otro lado de la ciudad para buscar al padre de Therun; tal vez los lazos familiares se hubieran fortalecido con el fin del Khala. El viejo protoss al que Talandar encontró sentado en un banco a la luz del sol que ya empezaba a ponerse lo miró fijamente con los ojos entornados.

—Te traigo malas noticias acerca de tu hija, Therun —declaró Talandar—. Está... —Fue entonces cuando se percató de que las palabras de costumbre, la observación de que se había unido a sus antepasados en el Khala, ya no eran ciertas. Tras un ligero titubeo, continuó—: Está con las estrellas. ¿Has hablado con ella recientemente?

—¿Y eso qué puede importarle a un purificador?

—Me han encargado que investigue su fallecimiento.

—Ja. Aunque confiara en tus intenciones, no tendría ninguna respuesta que ofrecerte. No nos hemos vuelto a ver desde que regresamos a Aiur.

—Sin decir una palabra más, el viejo protoss se levantó y se marchó.

«No es tan mayor como para haber presenciado la rebelión de los primeros purificadores», pensó Talandar. Nadie lo era. Pero no había duda de que conocía las historias, y tal vez eso explicara su hostilidad. Centró su atención en el siguiente nombre de la lista, que pertenecía a otro antiguo templario que había servido como fanático junto con Therun.

Lo encontró cerca de uno de los edificios de los archivos. La presencia de Talandar pareció ser motivo de asombro para él.

—¡No sabía que pudierais hablar! —fue su primer comentario.

Talandar se detuvo, desconcertado.

—¿Cómo?

—Sabía que los purificadores erais nuestras mejores máquinas de guerra, pero pensábamos que Artanis os había vuelto a dejar en estasis tras recuperar Aiur.

—Pues no —contestó rápidamente Talandar, recuperando su equilibrio mental—. Vengo en busca de...

—¿Los purificadores no tenéis acceso a todo el conocimiento de los protoss?

El extraño entusiasmo del protoss era, de algún modo, más irritante que la hostilidad que le habían mostrado antes.

—Déjame hablar —ordenó, alzando el brazo que llevaba el cañón de energía para dar más énfasis a sus palabras.

—Claro, perdóname. —El protoss se encogió, pero solo ligeramente.

—He...

—Entonces, ¿es verdad que los purificadores os habéis vuelto espías y nos vigiláis con drones?

Finalmente, Talandar logró librarse de sus preguntas, pero no obtuvo respuestas útiles con respecto a Therun. Solo una inquietante disertación sobre las actuales teorías conspirativas que se filtraban por Aldera. Tal vez fuese normal que aquellas invenciones llenaran el vacío que había dejado el aislamiento voluntario de los purificadores.

Talandar continuó con su lista de nombres, pero solo obtuvo frustración. Algunos se quedaban mirándolo y parecían demasiado distraídos por su presencia como para aportar respuestas interesantes. Otros pocos exhibían una patente hostilidad. Pero los que menos le gustaban eran los que se mostraban curiosos y le hacían perder mucho tiempo. Talandar estaba a punto de empezar a echar abajo las puertas próximas a la vivienda de Therun cuando el penúltimo nombre de la lista, Maitana, le brindó información relevante.

En su día, había pertenecido a la casta templaria, lo cual era obvio por su apariencia, pese a que ahora vestía una túnica más bien harapienta y no tenía buen aspecto; tenía la tez pálida y moteada, y una constitución raquítica que se apreciaba incluso a la luz mortecina del ocaso. Escuchó pacientemente mientras Talandar recitaba por enésima vez la noticia de la muerte de

Therun. Era espantoso, pero había repetido tanto las palabras que ya casi habían perdido su significado.

—Puede que Therun encuentre una batalla a su altura dondequiera que esté ahora — contestó Maitana.

—¿Sentía que no tenía ningún propósito?

Él se había sentido apático sin una misión y encontrarla le había resultado reconfortante.

—Aunque aún quedan batallas por librar, hace tiempo que no nos llaman para combatir. No pertenecemos a la casta khalai, no ponemos piedras ni trabajamos en las forjas. Nosotros seguimos a nuestros ejecutores a la guerra en busca de honor y gloria.

—El honor es la verdad de uno mismo —afirmó Talandar, un pensamiento al que había dado muchas vueltas durante los días posteriores a la reconquista de Aiur—. Combatir no es la única hazaña.

—Qué sabrá un purificador.

—Más de lo que imaginas. Somos guerreros, como todos los protoss. Hemos hecho de la reconstrucción, la protección y el crecimiento nuestro nuevo propósito. Tú también podrías hacerlo.

—Pensaré... en lo que has dicho —respondió Maitana con cierta vergüenza.

—Una pequeña victoria no deja de ser una victoria —continuó Talandar—. Un solo paso sigue siendo progreso. Y las piedras que se colocan sobre otras fortalecen la muralla y protegen a los que se hallan intramuros. —Esto lo había aprendido observando a Karax—. ¿Therun pensaba lo mismo que tú?

—Sí, aunque ella fue en busca de un propósito, mientras que yo me he... recreado en su ausencia.

—¿Encontró lo que buscaba?

—Dijo algo de un nuevo templo. Para reemplazar todo lo que habíamos perdido. Quería que fuera con ella.

—¿Y lo hiciste? —Nadie le había aportado una información tan sustancial hasta ahora.

—Una vez, pero no entré. No me gustó el aspecto que tenía y se lo dije. Después de eso, no volvió a dirigirme la palabra.

—Enséñame dónde estaba.

Talandar siguió a Maitana hasta las afueras, al norte de Aldera. Cuando llegaron, las sombras ya eran muy largas. No estaba tan destartado como el lugar donde había aparecido el primer cadáver, pero parecía el esqueleto de la ciudad, esperando a que le creciera la carne. Maitana lo llevó a un edificio abandonado que no coincidía con su imagen mental de un templo; era más bien un cobertizo para máquinas, y sus escáneres confirmaron la presencia de aceite y vapores de combustible. El interior estaba completamente vacío.

—¿Había alguien más aquí cuando viniste con Therun?

—Sí, una mujer de la casta khalai. Era muy alta, según recuerdo. Y tenía la piel muy pálida.

Talandar envió esa información a Karax al tiempo que decía.

—Gracias. Si algún día quieres hablar de las nuevas batallas a las que nos enfrentamos, será un placer volver a verte.

#

Para alivio de Karax, Nerath se había marchado para seguir con su investigación después de indicarle todas las características del dispositivo original, aunque no sin antes obtener de él la insultante promesa de que no lo copiaría. Karax reparó con enfado en que la nerazim no había prometido compartir con él la nueva información que pudiera conseguir. No obstante, era más fácil

concentrarse en la tarea que lo ocupaba sin tenerla allí trasteando con las herramientas o toqueteando los terminales mientras se quejaba de los khalai, así que le pareció aceptable.

Giró el nuevo dispositivo de un lado a otro con unas de sus manos robóticas mientras las otras consultaban los resultados en sus terminales. El dispositivo servía para canalizar energía del vacío, pero tenía unos circuitos adicionales más similares a la tecnología de los purificadores y una modificación que, pese a ser imperfecta, deficiente y estar algo fundida, apuntaba a un intento de convertir energías psiónicas en energías del vacío. ¿Sería un arma? Pero, entonces, ¿para qué anclarlo a los nervios seccionados?

—Ah —dejó escapar entre los murmullos mecánicos de su laboratorio.

Era una interjección entre horror, repugnancia y admiración que iba dirigida a la imposible y demente genialidad del artefacto. Con el Khala fuera de escena, ¿habría alguien tratando de forjar un nuevo enlace psiónico utilizando energía del vacío? Preparó rápidamente otra simulación con estas nuevas premisas.

—Karax —dijo la voz de Talandar. Estaba lejos, seguramente todavía en la ciudad.

—¿Sí?

Echó un vistazo por la ventana. La tarde entera se había desvanecido mientras trabajaba.

—Pareces preocupado, amigo mío.

—Es que lo estoy. Te lo contaré cuando tenga más conclusiones. ¿Qué has descubierto?

—Algo muy interesante, aunque no para uso inmediato —dijo Talandar con tono pensativo—. ¿Conoces a alguna forjadora de fase que sea excepcionalmente alta y tenga la piel pálida?

Karax se echó a reír.

—Una mera descripción física no es tan relevante como piensas. Conozco a la mayoría de

forjadores de fase y científicos por sus investigaciones. —Pero mientras Talandar murmuraba algo relacionado con los protoss que necesitaban pasar más tiempo fuera de sus laboratorios, Karax recordó a alguien a quien había conocido una vez y que encajaba con la descripción. Consultó su nombre, Lantharis. Vivía en Aldera—. Puede que conozca a alguien.

—¿Dónde?

Karax dudó. ¿Debía decírselo a Selendis y Nerath? Pero no estaba seguro. Por pura estadística, tenía que haber muchas protoss altas y pálidas; era evidente que algunas habían pertenecido a la casta khalai y que varias de ellas se habían dedicado a las artes técnicas. Era mejor confirmar primero su vaga suposición. Le dio a Talandar la ubicación del laboratorio de Lantharis y añadió:

—Me reuniré contigo fuera.

Talandar ya estaba allí cuando Karax usó el teletransporte para cubrir la relativamente corta distancia; sin duda, él había partido de inmediato, pero Karax necesitó unos cuantos minutos para cerciorarse de que todo en su laboratorio estaba bien guardado. El enorme purificador hacía todo lo posible para mantener la discreción, pero... sin éxito. Unos cuantos protoss los observaban desde las ventanas o se quedaban mirándolos con curiosidad al pasar. La zona no tenía nada de especial; era un barrio de artesanos. Artanis pudo abolir el sistema de castas, pero las costumbres de un pueblo longevo también son longevas.

—No parece que haya nadie —señaló Talandar—. No he visto emisiones de energía.

—Puede que esté fuera todo el día —respondió Karax.

—Nos abriré paso.

El blindaje de una nave de batalla no suponía un problema para un purificador; la puerta se abrió fácilmente... y reveló un escenario caótico.

El temor a que estuviesen a punto de encontrar otro cadáver atenazó a Karax un instante, pero enseguida se dio cuenta de que no había olor a sangre o muerte. Más tranquilo, comenzó a analizar los componentes metálicos y circuitos tirados por todas partes, los papeles revueltos, y se dio cuenta de que faltaban cosas importantes: tanto los terminales como las herramientas.

—¿La han atacado? —preguntó Talandar.

—No. —El patrón del desorden era evidente—. Recogió algunas cosas apresuradamente y salió huyendo.

—¿De nosotros?

—Es una buena hipótesis inicial.

Karax usó las manos robóticas para ordenar los papeles y leerlos por encima. Algunos eran fragmentos de planos. No tenían nada que ver con el dispositivo, pero se notaba que eran obra de ella. Acto seguido encontró algunas páginas dispersas, cubiertas de oscuros y frenéticos caracteres khalani. La mayor parte eran divagaciones incoherentes, pero había una frase que se repetía varias veces y que llamó su atención: «Artanis nos ha fallado. Nos ha asesinado. Ha matado nuestras almas. Hallaré un nuevo Khala. Nos salvaré».

Tiró la hoja a un lado, embargado por una sensación de suciedad e inquietud.

—Estaba en lo cierto. Esa es la finalidad del dispositivo: reconstruir con tecnología el Khala amputado. ¡Qué idea tan horrenda! Cortamos nuestra conexión por un motivo, y lo que está haciendo esa mujer... Va a volver locas a sus víctimas intentándolo. Tenías razón, amigo.

—Ambos la teníamos, a nuestro modo —replicó Talandar.

Karax decidió que eso tendrían que discutirlo más tarde.

—Informaré a Selendis y a Nerath.

—¿Quién?

Karax se frotó la frente.

—Sabía que se me olvidaba algo. Ahora te lo explico.

#

Selendis se sintió aliviada cuando Karax solicitó su presencia. Aunque había decidido centrar sus nada desdeñables dotes mentales en tareas más triviales, la existencia de la investigación y las muertes la reconcomía en los bordes de su conciencia. No tanto como para interferir con sus tareas de forma obvia, pero sí para provocarle irritabilidad e impaciencia.

—Y no sabéis adónde ha ido esta tal Lantharis —confirmó Selendis mientras examinaba el desorden que había dejado atrás.

No habría sido algo trivial encontrar a Lantharis cuando todavía formaban parte del Khala, pero sí bastante simple. Ahora, ocultarse y mentir era demasiado fácil para aquellos que no deseaban ser encontrados. «Como los templarios téticos», pensó sin poder evitarlo; otro problema social que debía solucionarse.

Nunca había constatado con tanta claridad la lentitud y complejidad del proceso de construir un nuevo orden social.

—En efecto, ejecutora —dijo Karax.

—Aunque tenemos una idea del rastro social que podría dejar —dijo Talandar—. Hay que ampliar la búsqueda y sin perder tiempo.

Selendis leyó unas cuantas frases torcidas en khalani que describían a Artanis como «el gran traidor, el destructor», y dejó caer la hoja al suelo. Se limpió las garras como si estuviesen manchadas.

—Así se hará. Voy a...

—¿Escuchar las noticias que te trae una misteriosa, a la par que bella, cazadora? —

preguntó una voz nueva. El aire del laboratorio abandonado se estremeció.

Selendis se giró y vio a una templaria tétrica que no conocía en la puerta. Era baja y menuda, iba envuelta en una capa y llevaba la cara cubierta por un embozo de un azul tan oscuro que parecía negro, como el color del cielo cuando comienzan a aparecer las primeras estrellas.

—¿Quién eres? —inquirió Selendis.

—Ah, ¿tu pequeño forjador de fase no te lo ha contado?

Karax no le había dicho nada y Selendis pensó que tendría una charla con él cuando estuviesen a solas.

—No.

La petulancia generalizada de los templarios tétricos siempre la había puesto nerviosa y este caso no era una excepción.

—Estaba a punto de hacerlo —protestó Karax mientras abría las manos con impotencia.

La templaria tétrica hizo una reverencia irónica.

—Soy Nerath. Estamos investigando el mismo problema... desde ángulos distintos.

Vosotros investigáis asesinatos y yo, un robo.

Selendis le dedicó a Karax una mirada tan penetrante que el forjador de fase se encogió visiblemente.

—Explícate.

Después de que lo hiciera, con algún que otro comentario de Nerath, preguntó:

—¿Y qué noticias hay?

—Durante la investigación que he llevado a cabo hoy, he oído que un khalai hablaba de un «templo nuevo». Vengo a contároslo por respeto a tus propios esfuerzos.

«O quizá no supiese lo importante que era hasta que ha escuchado nuestra conversación a

hurtadillas», pensó Selendis.

—¿Qué quieres?

—Un pueblo, un propósito, ¿no? —repuso Nerath con tono burlón.

Selendis le clavó la mirada como única respuesta.

—Solo quiero poner fin a los robos.

Selendis no estaba de humor para duelos dialécticos:

—Llévanos con él para interrogarlo.

—Los protoss de Aiur no sois nada sutiles —dijo Nerath—. ¿En serio crees que, si de verdad es devoto de esa religión, va a rendirse ante un interrogatorio hostil en lugar de convertirse en mártir?

—Son lo suficientemente devotos como para dejar que alteren su cuerpo —puntualizó Talandar.

—¿Qué sugieres? —preguntó Selendis.

—Que lo vigilemos y veamos adónde nos lleva.

#

Aunque, en un principio, Talandar se había ofrecido para acompañar a Nerath en la vigilancia del protoss, Selendis le había dejado claro que esa tarea era para ella con un tono con el que el purificador sabía que era mejor no rechistar. No se fiaba de la templanza tétrica ni de su propósito, y la actitud de Nerath, esa forma que tenía de encontrarle algo de gracia a todo, era irritante. Se sentaron juntas en el tejado de una tienda y observaron la calle que tenían debajo. El varón al que rastreaban había entrado en una vivienda unas puertas más abajo y llevaba allí varias horas. Era muy probable que estuviese dormido y que tuviesen que quedarse allí toda la noche.

—Me parece que el purificador habría sido una compañía mucho más grata —dijo Nerath tras hacer otra observación sobre un transeúnte y obtener un gruñido de reconocimiento por parte de Selendis como única respuesta.

—Eres libre de esperar con él en el laboratorio de Karax —replicó Selendis.

—Parecía tener sentido del humor —continuó Nerath como si no le hubiese respondido.

—Hablas demasiado.

—Pero lo peor de todo era que *algunos* de sus comentarios eran acertados.

—Si escuchases mejor, no tendría que usar tantas palabras.

Selendis le clavó una mirada penetrante.

La templaria tétrica levantó las manos en un gesto de inocencia premeditada y continuó:

—Estoy aquí para ayudarte, Selendis. Al hacerlo, también ayudo a mi gente.

Selendis resopló.

—No me cabe duda de lo segundo.

—Qué hostilidad —dijo Nerath—. Eso me ha dolido.

—Tu gente —dijo la otra usando el mismo tono burlón de Nerath—. ¿Y qué hay de nuestra gente?

Fue un comentario injusto y no del todo sincero, pero era fruto de la frustración y las preocupaciones. Selendis era consciente de que a Artanis le dolería que siguiese dividiendo mentalmente a los protoss en khalai y nerazim. En su opinión, los nerazim no se habían esforzado mucho para cambiar eso.

—¿Qué pasa con ellos? No puede haber un «nosotros» si hay que destruir las costumbres de los nerazim para que sobrevivan los khalai.

—Qué melodramática —dijo Selendis con sequedad—. Nadie quiere destruirlos.

Nerath se echó a reír.

—La unidad no se consigue rehaciendo a los demás a vuestra imagen. —Selendis trató de formular una respuesta en medio de su negación y enfado, pero Nerath hizo un movimiento cortante con la mano mientras su cuerpo se ponía en alerta—. Nuestra presa se mueve. Ya seguiremos esta conversación más tarde.

Abajo, en la calle, el khalai se alejó por donde había venido.

—Ya lo creo —replicó Selendis con un gruñido.

—¿Adónde se dirigirá? musitó Nerath mientras lo seguían a cierta distancia.

—Es muy tarde. Quizá esté volviendo a casa.

—Su casa no está por ahí —dijo Nerath—. Yo diría que va a una reunión clandestina donde obtendrá algún objeto poco común del mercado negro.

Muy a su pesar, Selendis encontró gracioso el comentario.

—Tienes su honor en poca consideración.

—Llevo observándolo más tiempo que tú. Tendrías que ver dónde lo encontré.

En efecto, el khalai las llevó hasta un callejón oscuro. Mientras observaban desde una distancia prudencial, se abrió una puerta ante él. Una protoss alta y extremadamente pálida le franqueó la entrada.

—Voy a avisar a Talandar y a Karax —dijo Selendis.

—Diles que se den prisa si quieren ver algo —dijo Nerath mientras preparaba su cuchilla de distorsión.

—¡Nerath! —exclamó Selendis, pero la templaria tétrica había desaparecido.

Nerath se infiltró en el edificio en los pocos segundos que tardó Selendis en ponerse en contacto con Talandar y Karax. Lantharis debía de haber activado algún sistema de seguridad

porque, cuando Selendis llegó a la puerta, no se abrió. Su hoja psiónica tampoco sirvió de nada; la crepitante energía no surtió efecto alguno contra el campo de fuerza. Mientras maldecía y buscaba otras formas de entrar, llegaron Talandar y Karax.

—¡La puerta! —gritó.

Talandar retrocedió unos cuantos pasos para tomar impulso. La energía lo atravesó al golpear la puerta y un cegador estallido evidenció la sobrecarga del campo de fuerza. La puerta emitió un chirrido metálico y se dobló hacia adentro, destrozada.

Selendis saltó por encima del enorme cuerpo del purificador antes de que la puerta cayese del todo al suelo. Entró en una pequeña antecámara y vio unos escalones descendentes. Desde allí les llegó el grito de Nerath:

—¡No nos volverás a robar!

—¡Es por voluntad divina! —respondió otra voz.

Selendis saltó escaleras abajo seguida por Karax y Talandar mientras su refulgente hoja psiónica volvía a cobrar vida. Al pie de las escaleras, vio a Nerath frente a Lantharis, que era mucho más alta que ella, pero que había retrocedido hasta quedar arrinconada contra un terminal de trabajo. Las paredes de la sala estaban cubiertas por una red de circuitos y cristales. Algo más lejos, en otra habitación del piso inferior, había una mesa donde se encontraba el khalai al que habían seguido. Parecía inconsciente y un extraño instrumento le atravesaba el cordón nervioso.

—Nerath, no... —comenzó a decir Selendis.

Lantharis se movió y pasó la mano por el terminal. Una descarga de energía atravesó la habitación. Nerath dejó escapar un grito ahogado y cayó al suelo. Selendis notó que la energía le golpeaba la mente como un aullido telepático y ahogaba sus pensamientos. Algo la arañó, como si

intentara aferrarse a ella; no era igual que la presencia de Amon, pero sí terriblemente parecido. Fue apenas consciente del grito que profirió al tambalearse y caer de bruces al suelo.

Sentía el aire a su alrededor como un fluido espeso y comenzó a percibir el tiempo a intervalos irregulares. Vio que Lantharis, armada con una hoja psiónica, arremetía contra Nerath, que se encontraba boca abajo. «Aún no hemos zanjado nuestra discusión», pensó absurdamente. Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, puso en marcha los músculos, se abalanzó sobre Nerath y bloqueó el ataque con su hoja psiónica.

Era lo único que podía hacer en ese momento: aguantar.

#

Talandar recibió una lectura de una oleada de energía —energía del vacío, según sus sistemas, pero no tanta como para sobrecargar sus amortiguadores—, y Nerath, Selendis y Karax se desplomaron a su alrededor. Selendis, con los ojos rebosantes de energía, saltó para cubrir el cuerpo caído de la templaria tétrica y levantó la hoja a tiempo para desviar el golpe. Justo en el momento en el que ambas hojas se encontraban, Talandar atacó girando sus enormes brazos y lanzó por los aires a Lantharis hacia el otro lado de la sala, lejos del terminal.

—Karax, el terminal —exclamó.

Lantharis se puso en pie con un gruñido seco; no era una templaria, pero, sin duda, había recibido entrenamiento de combate. Talandar cruzó la distancia que los separaba con rapidez y activó una crepitante descarga de energía en sus sistemas que destrozó el escudo que ella había activado. Lantharis paró uno de sus puñetazos con la hoja y la energía psiónica se dispersó sin dejar más que un fugaz hilo de humo contra su armadura. El otro puño la alcanzó en la sien y la dejó aturdida. Mientras se tambaleaba, Talandar le propinó otro golpe en el nervio amputado que la dejó inconsciente. Pero, para no correr riesgos, solicitó que una sonda trajese una cámara de

estasis e introdujo en ella su cuerpo inerte.

Talandar dio media vuelta y vio que Karax, vacilante, tecleaba en el terminal con sus manos robóticas, mucho más estables que las orgánicas. Golpeó el terminal con un puño y tanto él como Selendis se relajaron, como si sintiesen un gran alivio.

—Debo... confiscar esto para examinarlo a fondo —dijo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Talandar.

—No estoy seguro del todo, pero ha sido muy doloroso —respondió Karax—. Creo que has podido amortiguarlo un poco, así que gracias.

—Fue como si... se apoderase de mi mente. Ahora entiendo las muertes de Therun y Eranis si esto ha sido una pequeña parte de lo que experimentaron.

Selendis, arrodillada, se inclinó para examinar a Nerath.

—Solo está inconsciente».

Talandar señaló al khalai que se encontraba desmayado sobre la mesa.

—Karax, ¿te importaría...?

Karax seguía frotándose la frente con una mano, pero se acercó con paso firme a la mesa. Extrajo el instrumento con cuidado y, acto seguido, el khalai tumbado abrió los ojos y exhaló un jadeo.

—¿Me oyes?

El khalai miró a Karax y a Talandar.

—Pero ¿qué...?

—Estás a salvo —dijo Talandar.

—¡Estoy solo! —De hecho, el khalai parecía aún más nervioso que antes. Se incorporó y sus manos se palparon la nuca, buscando el amputado cordón nervioso, intacto—. ¿Por qué nos

habéis detenido? ¿Por qué?

Se abalanzó sobre Talandar, pero estaba demasiado débil como para suponer una amenaza real.

Talandar lo agarró del brazo con facilidad mientras el otro sollozaba con la voz rota.

—Esto no me lo esperaba —le dijo Talandar a Karax.

Nerath soltó una risotada amarga y dolorida, y se apoyó sobre un codo.

—¿Esperabas que un necio te estuviera agradecido por privarlo de sus falsas esperanzas?

Visto de ese modo, Talandar no tenía nada que objetar.

#

Antes de abandonar el edificio de Lantharis, Karax confiscó con una sonda todo lo que pudiera ser mínimamente relevante y lo guardó para terminar de limpiarlo al día siguiente. Para cuando concluyó la tarea, su dolor de cabeza casi había desaparecido. Talandar se había marchado rápidamente para llevar a la presunta víctima de Lantharis, que aún deliraba, a los sanadores, pues nadie tenía la menor idea de qué había que hacer con él. Selendis también se había ido con la cámara de estasis y con Nerath apoyada en el hombro.

Karax fue el último en llegar a su laboratorio. Artanis estaba escuchando el informe de Selendis mientras Nerath participaba con comentarios esporádicos que parecían entretenerlos e irritarlos por turnos.

—¿Tienes algo que añadir, Karax? —preguntó Artanis con una atención casi palpable.

Con una de sus manos robóticas, Karax abarcó el desordenado montón de cosas que ya había trasladado a sus mesas de trabajo.

—No hasta que realice un análisis minucioso de todo esto.

Artanis centró su atención en la cámara de estasis que contenía el cuerpo de Lantharis. Desactivó el campo y, entonces, tras un momento de confusión, la mirada de Lantharis se clavó en él y emitió un resoplido lleno de odio que hizo retroceder a Karax.

—*Tú*. Traidor.

—Yo no he traicionado a nadie —repuso Artanis con calma.

—Acabaste con el alma de tu pueblo y sus cuerpos serán los siguientes si no los salvo —replicó Lantharis—. Los protoss no están hechos para vagar en solitario, sin propósito ni conexión, y morirán si no intervengo.

—Los nerazim se las han apañado bastante bien durante un milenio —rebatió Nerath con tono mordaz y burlón.

—Apóstatas desalmados... —les espetó Lantharis—. El Khala renacerá gracias a mí, más grande de lo que imagináis, y los nuevos khalai se alzarán...

Artanis volvió a activar el campo de estasis.

—No parece que esté muy interesada en escuchar —observó—. ¿Es eso lo que quería hacer? ¿Recrear al Khala?

—En última instancia, sí, usando todo lo que les había robado a los nerazim para enrutarlo por el vacío. Es... un plan de locos —contestó Karax.

—Y, aun así, había algunos dispuestos a intentarlo —añadió Artanis.

La revelación no pareció sorprender a Nerath.

—Los protoss de Aiur han sido animales gregarios durante mucho tiempo, así que no es de extrañar que algunos de vosotros estéis dispuestos a seguir a un falso líder hasta el matadero.

—Cuidado, Nerath —le advirtió Artanis.

—No me gustan sus palabras, pero entiendo lo que dice —intervino Talandar—. Hay una

herida en nuestro pueblo. Un gran dolor lleva a la desesperación... y, aunque eso pueda dar la victoria en una batalla que parecía imposible, también puede conducir fácilmente a la autodestrucción.

—Los que están desesperados intentarán lo que sea con tal de curarse —musitó Karax. Ya no podía discrepar de Talandar; aunque los dispositivos habían sido la causa inmediata de las muertes, el problema iba mucho más allá—. La parte más complicada de una reparación suele ser determinar la causa del fallo. Ya conocemos el problema. El siguiente paso es encontrar una solución.

Nerath resopló.

—No se pueden «reparar» las vidas de los demás desde arriba. Cada uno debe encontrar su propio camino. Si no, el esfuerzo carece de sentido.

—Con esa forma de pensar, dejaríamos morir a otros como Therun y Eranis —le espetó Karax con desagrado.

—Al final, todos estamos solos —sentenció Nerath.

—Nosotros no hacemos así las cosas. —La voz de Selendis era apacible, pero estaba colmada de rabia—. Nunca lo hemos hecho y nunca lo haremos.

—Las cosas cambiaron cuando terminó vuestra conexión con el Khala —replicó Nerath—. Por mucho que os cueste verlo.

—La unidad no se consigue rehaciendo a los demás a vuestra imagen, Nerath. Eso me dijiste tú —dijo Selendis.

Nerath bajó la cabeza, aparentemente avergonzada.

—Las preguntas que os hacéis ahora son las que nos hicimos nosotros cuando nos echaron de Aiur.

—¿Significa eso que tienes las respuestas? —inquirió Selendis.

—Significa que las respuestas se encuentran al otro lado de este desafío —contestó Nerath a Selendis con impropia ternura mientras levantaba los ojos hacia ella—. Si los nerazim tenemos que formar parte de algo nuevo que no espere que nos sacrifiquemos..., tenemos la flexibilidad necesaria para combarnos con el viento.

—Debemos encontrar un nuevo camino —sentenció Artanis—. Y ahora me doy cuenta de que declarar concluido el fin del sistema de castas o cercenar nuestro enlace con el Khala era solo un final. El proceso de crear algo nuevo requiere más de todos nosotros.

—No hay duda de que construir es más difícil que destruir —apostilló Karax.

—Y Nerath tiene razón cuando dice que cada uno debe encontrar su propio camino en este nuevo mundo, por muy difícil que sea —reconoció Talandar—. Nadie ajeno puede decirte quién eres. Es algo que debes descubrir por ti mismo.

—Estamos dándole vueltas a lo mismo —expuso Karax, enfadado—. Tú decías que la amistad te allanó el camino, pero yo no puedo... *construir* amigos para quienes los necesitan.

—Muchos no saben cómo conectar con otros sin el Khala, eso es cierto. También me he percatado de que los purificadores se mantienen demasiado al margen —explicó Talandar de forma sosegada—. Nosotros ya venimos ensamblados.

Artanis se echó a reír.

—Una solución muy creativa, viejo amigo, pero no hay tantos purificadores...

—Y no todos los protoss nos aceptarían —añadió Talandar.

—Es un problema que no tiene una única solución —dijo Karax mientras inclinaba las manos hacia Nerath—. Además, puede que sea bueno que nuestra gente dirija la mirada hacia un nuevo futuro en lugar de seguir estancada en el pasado. Así, al menos, podré trabajar con el resto

de los forjadores de fase. Cuando se crea algo conjuntamente, también se construye una comunidad.

—Sin duda, sería mejor —observó Nerath.

—Al trabajar juntos por un objetivo en común, se forja una conexión. Y una conexión..., al menos, palia la soledad —añadió Karax mientras buscaba con la mirada a Selendis, esperando que expresara sus propias ideas. Al fin y al cabo, ella tenía un punto de vista distinto. Pero se mantuvo en silencio.

—No soy tan ingenuo como para pensar que un problema de tal magnitud puede resolverse de la noche a la mañana —dijo Artanis—. Lleva a cabo las iniciativas en las que hayas pensado. Yo pediré a los daelaam que busquen más maneras de unirnos para que, cuando algún individuo se desvíe de su ruta, otros muchos estén listos para reconducirlo.

#

Los atardeceres se habían convertido en el telón de fondo de los funerales desde el regreso a Aiur y el fin del Khala. Existía una simetría espiritual fundamental en ello, pues los protoss estaban conectados estrechamente con su sol. Si ya no podían tener el consuelo de saber que los muertos se habían unido a sus antepasados en el Khala, al menos podían recurrir a una idea mística más ambigua que consistía en que, tras ponerse el sol, se unirían a las estrellas del vasto universo y, tal vez, encontrarían una nueva vida allí.

Selendis podía hallar consuelo en la idea de un camino a nuevas aventuras y nuevas batallas. Los protoss seguían teniendo un lugar en el gigantesco universo, un vínculo inextricable con él que se manifestaba de esta forma. Pero seguía transmitiendo una sensación de vacío, de oquedad. Sin la conexión fundamental del Khala, todas las muertes eran solitarias, y esta, más que otras.

La familia de Therun, aunque distanciada según las notas de Talandar, había aceptado hacerse cargo de su cadáver. Pero nadie había querido a Eranis... No, no estaba bien expresado. Se trataba más bien de que nadie se había preocupado lo suficiente por él como para aceptar su cuerpo o acompañarlo en su última aventura, por lo que Selendis había decidido asumir ese compromiso. Podría haber celebrado sus ritos en el templo central que se había construido en torno a la nueva matriz psiónica. Sin embargo, decidió poner el cuerpo donde lo había encontrado; en parte porque albergaba la esperanza de que alentaría a los demás protoss a emprender alguna acción y en parte para reprenderlos por haberse preocupado tan poco por uno de los suyos.

Algunos habían pasado de largo mientras ojeaban con poco interés la cámara donde iba a atomizar su cuerpo, pero nadie se había detenido. Selendis se encontraba de pie, sola, y se sentía desprovista de respuestas, tan vacía como el lugar que había elegido para el funeral de Eranis. A Artanis, Karax, Talandar e incluso Nerath se les habían ocurrido varias ideas para afrontar este problema..., pero a ella no, y sabía que Artanis esperaba algo más. *Ella* esperaba algo más.

Esta solo era una más de las muchas muerte que había afrontado en su vida. No sabía por qué la había afectado tan profundamente. Tal vez fuera por la soledad de la muerte. Su futilidad. Eranis no había encontrado la muerte en la gloria de la batalla ni en la comodidad de la vejez. Fue la violencia causada por su propia mano la que puso fin a su vida tras la agonía de un dolor al que no supo hacer frente. Cada detalle no hacía más que enfurecerla, y esta ira no tenía un verdadero objetivo. Podía echarle la culpa a Eranis por su propia muerte, o a Lantharis, pero su mente, de manera instintiva, veía la situación desde otros ángulos. Se habían producido muchos fallos antes del último, el que lo obligó a desgarrar su propia piel.

Tal vez ese fuera el problema, que había demasiados fallos y ningún enemigo claro.

Mientras observaba cómo se ponía el sol, un repentino movimiento en el aire reveló que no estaba sola.

—Todo lo que he oído de ti parecía indicar que no eras dada al sentimentalismo, Selendis —dijo Nerath, mirándola desde abajo.

—Un rumor no es lo mismo que la verdad.

—No esperaba que celebrases mi aparición, pero pareces bastante enfadada —replicó Nerath—. ¿Es por mi desconsideración al no darte las gracias por salvarme la vida?

Selendis dejó escapar un suspiro.

—No estoy enfadada contigo. —Sin poder evitarlo, porque sabía que a Nerath le encantaba provocarla, añadió—: No eres tan importante para mí como te gustaría.

Nerath echó a reír.

—Me partes el corazón. ¿Y quién es, entonces? La loca de la cámara, digo.

Selendis le indicó que guardara silencio con un ademán. Era una enemiga a la que podía entender, un problema que habían resuelto juntas.

—Este es el lugar donde vivió Eranis desde nuestro regreso a Aiur. Y a nadie de aquí le importan él o su muerte.

—¿Eso te han dicho?

—Su falta de interés lo dice todo.

—Ah, ¿sí? ¿No será que los khalai os habéis olvidado de cómo escuchar a los demás?

Molesta, Selendis se dirigió a una de las destartaladas viviendas cercanas. Frente a ella, sentado en una caja, se encontraba un protoss flaco y viejo.

—Tú —le dijo Selendis—, ¿conocías al fallecido?

—¿A Eranis? —Se encogió de hombros—. No mucho.

—¿Lo visitó alguien antes de su muerte?

—No lo sé. Seguramente no.

Selendis miró a Nerath y le hizo un gesto con una mano.

—Pues sí que atrofió el Khala vuestra capacidad para entablar conversaciones profundas —le respondió Nerath con tono socarrón.

El Khala les había aportado unidad emocional, un profundo océano de empatía que fluía bajo todas las palabras y los conectaba. Había sido una fortaleza, no una debilidad. Pero ahora no tenían más que palabras que se malinterpretaban con facilidad y parecían superficiales en comparación. Pensó en el protoss que tenía delante; se preguntó si habría profundidad en sus palabras, embargada por una sensación de distancia tan intensa que resultaba frustrante. ¿Cómo podía conseguir que se abriese? No había manera de entender sus emociones, pero ella tampoco le había ofrecido nada a cambio, excepto su impaciencia en forma de preguntas directas. Meditó su siguiente pregunta con mucha deliberación interna y la articuló con la mayor cortesía posible:

—Parece que no te importara lo que ha sucedido. ¿Me equivoco?

El viejo la miró, no con especial intensidad, pero quizá sí de manera más resuelta.

—Es como si no importara. Como... si no importáramos. —Selendis sintió el impulso de interrumpirlo y discrepar, pero se obligó a escuchar la respuesta, lenta y pausada, que le ofrecía—: Todos pertenecíamos a la casta khalai y sabíamos cuál era nuestro lugar en el Khala. Pero ahora no hay Khala ni casta khalai y nos han dicho que todos somos templarios, pese a que ninguno de nosotros lo ha deseado nunca. Y ni siquiera podemos compartir nuestra tristeza o confusión. Así que ¿qué importa la muerte de Eranis? Todos moriremos solos y confusos.

Una vez segura de que había terminado de hablar, Selendis contestó:

—Los daelaam no estábamos al tanto de vuestra soledad. Pero ahora sí. Y no estaréis solos.

¿Pero cómo lograrlo? Aún no tenía respuestas.

—No confío en que cambie nada —fue la respuesta del anciano—, pero te doy las gracias por escucharme.

Selendis regresó junto al cuerpo de Eranis, seguida por Nerath como una sombra.

—Es un problema que no puedo solucionar—reconoció sin molestarse en ocultar su frustración.

La antigua casta khalai se veía obligada a replantearse su lugar en el mundo. Hasta entonces, había superado su propia transición sin problemas. Todos habían sido educados para ser templarios; ella ya lo era. Pero el mismo concepto de templario debía evolucionar.

—Atacar con una espada es mucho más fácil —convino Nerath—. No envidio tu labor, pero... creo que eres demasiado obstinada para verlo y yo podría ayudarte. A mi manera.

—No te agradeceré nada hasta que vea si seguimos siendo amigas después de que me ayudes —respondió Selendis, pero se acordó de lo de antes, de la promesa de Nerath de que *había* respuestas.

—Me fastidia que ya me conozcas tan bien —dijo Nerath, sin parecer molesta.

—Es lo que dijiste: un pueblo, un propósito.

Nerath echó a reír; un sonido que surgió de manera inesperada y que, desprovisto de su habitual ironía, se volvió cálido y casi musical. Selendis pensó que podía llegar a gustarle aquel sonido, aunque de ningún modo iba a reconocerlo.

Mientras contemplaban las nubes que se desplazaban con calma y la puesta de sol entre rosa y anaranjada, encontró las palabras que la habían estado carcomiendo y que no había sabido articular antes sin la comodidad de la empatía del Khala. Aunque fuese extraño, era más fácil

dirigirse a Nerath que a Artanis. Tal vez porque a él temía decepcionarlo y porque a Nerath se le daba bien escuchar, algo que había aprendido como nerazim desde pequeña.

—Artanis dijo que, sin el Khala, seríamos libres. Pero, si esto es la libertad, ¿por qué estoy afligida?

—¿No pueden ser ciertas ambas cosas? —preguntó Nerath sin que Selendis notara indicios de burla en su voz.

Se acercó para posar su mano sobre el hombro de Selendis, una oferta de consuelo que esta decidió aceptar, a pesar de su propia incertidumbre.

Karax tenía razón y estaba equivocado. Los finales eran *rápidos*, pero eso no los hacía más fáciles. Y los inicios eran incluso más complicados, pero Selendis nunca había rehuído una batalla complicada ni el aprendizaje de una nueva manera de luchar. Sin el Khala, tal vez pudiera sentirse sola a veces, pero sabía que no lo estaba, que tenía viejos amigos... y otros nuevos.

El sol se ocultó tras las colinas y tiñó el cielo de rojo y púrpura. Mientras Selendis iniciaba el proceso para desintegrar el cuerpo de Eranis, vio que el anciano con el que había hablado se había acercado para hacer acto de presencia, al igual que otros residentes del asentamiento.

Abrió la cámara y un haz de luz, todo lo que quedaba de Eranis dividido en sus elementos más puros, se elevó hacia el cielo. En un mero instante pasó a ser polvo fulgente, perdido entre los destellos de luces que empezaban a mostrarse en la oscuridad.

—Ahora vivirá entre las estrellas.

Guion: Alex Acks

Edición: Chloe Fraboni

Producción: Brianne Messina

Asesoría de historia: Madi Buckingham y Sean Copeland

Asesoría creativa: Jeff Chamberlain, Kevin Dong, George Krstic, Ryan Quinn y Ryan Schutter

Traducción: Álex Nielsen, Sergio López, Manuel Mata

Agradecimientos especiales: Thomas Floeter, Martin Frost, Felice Huang, Chungwoon Jung,

Jaclyn Lo, Alexey Pyatikhatka, YuSian Tan